

valle).— En la fiesta del santo jubileo, expiad humillados vuestras culpas! Bendito el hombre fiel en la fe; la penitencia y el arrepentimiento le salvaron.

Todos (*escuchando conmovidos el canto, mientras Tannhauser, transfigurado repentinamente por un rayo de esperanza, sale con rápido paso*).— ¡Á Roma! ¡Á Roma!



### ACTO III

El valle de Wartburgo.—Á la izquierda, el Herselberg, como al final del acto primero, pero con los matices del otoño.—Declina el día.—En la colina, á la derecha, ante una imagen de la Virgen, Isabel arrodillada, orando con fervor.—Wolfram, descendiendo de la altura cubierta de árboles, se detiene al percibir á Isabel.

#### ESCENA PRIMERA

WOLFRAM.— Ya sabía que la encontraría rezando, como siempre que, desde lo alto de las colinas, bajo al valle. Llevando en su corazón la muerte que recibió de él, prosternada en fervientes plegarias, implora noche y día su salvación: ¡eterno hechizo de un amor santo! Espera que los peregrinos regresen de Roma. Ya los árboles se despojan de sus hojas; no tardará el regreso: ¿vendrá él con los perdonados? Tal es la pregunta, tal el voto que ella dirige al cielo. ¡Haced, santos clementes, que sea cumplido! Si la herida debe quedar siempre abierta, dulcifíquela al menos un bálsamo!

(*Va á proseguir su camino, cuando, al oír el canto de los peregrinos ancianos, se detiene.*)

ISABEL (*levantándose, atenta al canto*).—Es su canto; son ellos; ya vuelven! Santos del cielo, dictadme mi deber y dadme fuerzas para llenarlo dignamente.

WOLFRAM.—Son los peregrinos, es la piadosa melodía que anuncia el perdón obtenido. ¡Oh cielos! fortaleced su corazón, pues este instante va á decidir de su vida!

CANTO DE LOS ANCIANOS PEREGRINOS (*van apareciendo éstos por la derecha del proscenio, y siguiendo á lo largo el valle hacia Wartburgo, desaparecen, por fin, en el recodo que forma la montaña del fondo*).—¡Momento de ventura! ¡al fin vuelvo á contemplarte, amado valle, y saludo con júbilo tus gratas campiñas! Descanse ahora el cayado de peregrino, porque, fiel á Dios, terminó la romería. Por la penitencia me he reconciliado con el Señor á quien mi corazón adora, y cuyas alabanzas canta mi voz. Alcanzada la gracia por el penitente, compartirá un día la paz de los bienaventurados! El infierno y la muerte no le atemorizan. Por ello alabaré al Señor todos los días de mi vida. ¡Aleluya en la eternidad! ¡aleluya!

(*Desde lo alto de la colina, Isabel ha buscado con la mirada á Tannhauser entre la procesión de peregrinos. El canto va extinguiéndose por grados. Se pone el sol.*)

ISABEL (*en actitud dolorosa, pero tranquila*).—¡No regresa! (*Arrodillándose.*) ¡Virgen poderosa, oye mi suplicante voz! ¡Á ti invoco, Virgen bendita! ¡Déjame desvanecer á tus plantas, en el polvo! Sácame ¡ah! sácame de esta tierra! ¡Haz que, pura como un ángel, pueda entrar mi alma en el cielo! Si alguna vez, esclava de insensato sueño, se apartó de ti mi corazón; si un criminal deseo, si un pensamiento mundano germinó en mí, he combatido con mil sufrimientos para ahogarlo en mi corazón. Y si no logré expiar mi falta



entera, protéjame tu gracia á fin de que, con humildes saluciones pueda yo, Virgen pura, acercarme á ti á implorar el más vivo dón de tu gracia para él solo, para borrar su falta.

*(Permanece un momento en éxtasis, contemplando el cielo.*

*Después, levantándose lentamente, divisa á Wolfram que se ha ido acercando y la observa con profunda emoción. Al disponerse éste á dirigirle la palabra, hácele seña Isabel de que calle.)*

WOLFRAM. — ¿Me será permitido, Isabel, acompañarte ?

*(Isabel le manifiesta nuevamente, por gestos, el profundo reconocimiento que su afecto y su abnegación le inspiran ; indícale que su senda la conduce al cielo, donde ha de realizar una obra santa, y que la deje andar sola, sin seguirla. Sube lentamente el sendero de la montaña encaminándose á Wartburgo, donde por fin desaparece.)*

## ESCENA II

WOLFRAM *(después de seguir largo rato con la mirada á Isabel, se sienta al pié de la colina, coge el arpa, y tras breve preludio):*— ¡Como presentimiento de muerte, las sombras de la noche cubren la tierra, envolviendo el valle con manto enlutado ; y el alma impelida por sus deseos á esas alturas, se estremece de angustia antes de emprender su vuelo á través de la oscuridad y del horror ! Entonces, apareces tú, estrella divina, lanzando del fondo del cielo tu suave luz ; tu dulce rayo entreabre la sombra de la noche y muestra como amiga cariñosa, el camino que conduce fuera de la villa. ¡ Ah, estrella de la noche ! te saludo siempre con gozo. Y del fondo de este corazón que no le hizo traición jamás, saludala á tu vez, si la vieres volar lejos de este valle de lágrimas, en dirección á la morada de los bienaventurados ángeles.

## ESCENA III

(*Ha anochecido. Sale Tannhauser, en traje de peregrino hecho girones; pálido el rostro y demudado, camina apoyado en su bastón, con fatiga y vacilante.*)

TANNHAUSER.—He oído los acordes de un arpa: ¡tristes eran sus sonidos!

WOLFRAM.—¿Quién eres tú, peregrino solitario?

TANNHAUSER.—¿Quién soy? ¿no me conoces? tú eres Wolfram, el insigne cantor.

WOLFRAM.—¡Eres tú! ¿qué te trae á estos muros? Habla: ¿te atreves, sin estar absuelto, á dirigir tus pasos hacia estas regiones?

TANNHAUSER.—No temas, mi buen cantor. Ni te busco á tí, ni á ninguno de tus compañeros. Busco á un hombre que me enseñe el camino, aquel camino que en otro tiempo encontraba yo con tanta facilidad.

WOLFRAM.—¿Qué camino?

TANNHAUSER (*con sensualidad siniestra*).—¡El del palacio de Venus!

WOLFRAM.—¡Horror! ¡no mancilles mis oídos! ¿qué potencia enemiga te impele á este sitio?

TANNHAUSER.—¿No conoces tú ese camino?

WOLFRAM.—¡Insensato! me horripila el oírte! ¿dónde has estado? dí ¿no fuiste á Roma?

TANNHAUSER (*con furor*).—¡No hables de Roma!

WOLFRAM.—¿No asististe á la santa solemnidad?

TANNHAUSER.—¡No hables de esa fiesta!

WOLFRAM.—¿No estuviste allí? ¡habla! te lo ruego!

TANNHAUSER (*amargamente*).—Sí, he estado en Roma.

WOLFRAM.—¡Habla, desventurado! Cuéntame tu viaje. Me inspiras la más profunda compasión.

TANNHAUSER (*después de contemplar largo rato á Wolfram, con emoción mezclada de sorpresa*).—¿Qué dices, Wolfram? ¿cómo! ¿no eres enemigo mío?

WOLFRAM.—Nunca lo fuí, mientras te creía fiel y puro. Pero dime, ¿no has ido en romería á la Ciudad Santa?

TANNHAUSER.—Sí! Oye; vas á saberlo todo. (*Sientase, extenuado, al pié de la colina. Wolfram quiere sentarse á su lado.*) No! lejos de mí! El sitio que yo ocupé está maldito! Óyeme, Wolfram, oye mi relato. (*Wolfram permanece de pié, á corta distancia de Tannhauser.*) Lleno de fervor, busqué el camino de Roma. Un ángel ¡ay! había desarraigado de este corazón presuntuoso el orgullo del crimen! Quería expiar este orgullo en la humildad, quería implorar la salvación rehusada para dulcificar á ese ángel la amargura de las lágrimas que vertiera por mí, pobre pecador. El camino que tomaba á mi lado el más contrito de los peregrinos, parecíame demasiado suave; cuando él hollaba el blando césped de las praderas, buscaba yo las piedras y las ortigas para sentar en ellas mis desnudas plantas; cuando él refrescaba sus labios en la fuente, bebía yo en los ardientes rayos del sol; cuando él dirigía piadoso al cielo sus plegarias, vertía yo mi sangre en holocausto al Todopoderoso; mientras en la posada hallaban albergue los viandantes, tendía yo los miembros sobre la nieve y el hielo. Cerrando los ojos ante el espectáculo de sus maravillas, he recorrido como un ciego las encantadoras llanuras de Italia; esto hice, deseando, contrito y quebrantado, aniquilarme por la penitencia para dulcificar el llanto de mi ángel bueno. Llegué á Roma junto á la Santa Sede; prosternéme orando al dintel del Santuario; amaneció; doblaron las campanas, resonaron celestes cantares; el mundo, en el fervor de su júbilo, estremeciöse de alegría, esperando la gracia y la salvación ofrecidas. Ví á aquel que representa á Dios en la tierra; todos los fieles hincaron ante él la rodilla en el polvo; vile otorgar el perdón á millones de pecadores, indicándoles luégo que se levantasen absueltos

y gozosos. Después me acerqué; inclinada la frente al suelo, acuséme, golpeándome el pecho, de las criminales voluptuosidades que sedujeron mis sentidos, del deseo que ninguna mortificación había apaciguado aún; le imploré, le rogué que me libertase de estos lazos abrasadores, y él me dijo: «Si compartiste el criminal deleite, si inflamaste tu corazón en el fuego del infierno, si estuviste en el palacio de Venus, condenado estás sin remisión. Así como este báculo que en mi mano ves, ya no volverá á adornarse de fresco verdor, así tú, en la infernal hoguera, no verás ya florecer para ti la salvación.» Á estas palabras caí sin sentido, anonadado, exánime. Al volver en mí, la noche cubría la desierta plaza. Llegaban de lejos á mis oídos, gozosos cantos en acción de gracias; aquellos cantos me llenaron de horror. Huyendo de ese himno de la falaz promesa, que penetraba en mi alma con el frío del hielo, alejéme delirante, espantado, y me ví impelido al lugar donde tantas delicias y tantas voluptuosidades había gozado! ¡Á ti vuelvo, pues, oh tierna Venus; á ti me atrae el hechizo de tus encantadoras noches; á tu corte voy, donde tu belleza me sonríe por toda una eternidad!

WOLFRAM.—Detente! detente! infortunado!

TANNHAUSER.—¡No permitas que te busque en vano! ah! con qué facilidad te encontraba yo antes! Ya lo oyes: los hombres me maldicen; guía tú ahora mis pasos, ¡oh diosa!

WOLFRAM.—¡Á quién invocas, insensato?

(*Una ligera nube va cubriendo por grados la escena.*)

TANNHAUSER.—¡Ah! ¿no sientes soplos más suaves?

WOLFRAM.—Sígueme! estás perdido!

TANNHAUSER.—¿No aspiras más deliciosos perfumes? ¿no oyes esos mágicos acentos?

WOLFRAM.—¡Me estremezco de horror!

TANNHAUSER.—He aquí el coro de las ninfas dan-

zantes! corramos á los placeres, á la voluptuosidad!  
(*A través de la nube transparente despuntan rosados resplandores, y percíbense entre nubes los confusos movimientos de las ninfas.*)

WOLFRAM.—¡Maldición! funesto hechizo! es el infierno con sus furores!

TANNHAUSER.—La embriaguez invade mis sentidos; reconoce tan dulces resplandores; es el imperio encantado del amor; estamos en el palacio de Venus.  
(*En la claridad de la rosada luz se distingue á Venus tendida en un lecho.*)

VENUS.—Bienvenido seas, infiel mortal! ¿te hirió el mundo de anatema? ¿acudes, por fin, á mis brazos, no hallando compasión en la tierra?

TANNHAUSER.—¡Venus! soberana rica en piedad, á ti, á ti me siento llamado!

WOLFRAM.—¡Desvanécete, hechizo infernal! no extravíes el espíritu de un corazón puro!

VENUS.—Ya que vuelves á mis dominios, perdonada sea tu presunción; mane sin cesar para ti la fuente de los placeres; sé mío por toda la eternidad.

TANNHAUSER.—Desvaneciósese mi salvación; ¡á mí, para siempre, los goces del infierno!

WOLFRAM (*reteniéndole con fuerza*).—Dios omnipotente, asiste á tu siervo! Una palabra de contrición, Enrique, una palabra, y te salvas!

VENUS.—Ven á mí.

TANNHAUSER (*á Wolfram*).—¡Suéltame!

VENUS.—¡Ven! sé mío para siempre!

WOLFRAM.—¡Enrique! aún puedes alcanzar tu salvación!

TANNHAUSER.—Jamás, Wolfram, jamás; he de seguirla.

WOLFRAM.—Un ángel oró por ti en la tierra; en breve volará por el éter bendiciéndote: Isabel!  
(*Tannhauser, que ha logrado desasirse de Wolfram, queda*

*como herido del rayo é inmóvil, en el mismo sitio).*

CANTO DE HOMBRES (*en el fondo*).—Paz y salvación para el alma que acaba de salir del piadoso cuerpo de la mártir.

WOLFRAM (*al oír este canto*).—Tu ángel ruega por ti ante el trono de Dios! su plegaria es acogida! estás salvado, Enrique!

VENUS.—¡ Maldición! le perdí!  
(*Desaparece y con ella toda la escena encantada.—El valle reaparece, iluminado por los rayos de la aurora.—Sale de Wartburgo el cortejo fúnebre, conduciendo un féretro abierto*).

CANTO DE HOMBRES.—Ha alcanzado la felicidad, patrimonio de los ángeles, sublime corona de los celestes goces.

WOLFRAM (*abrazando tiernamente á Tannhauser*).—¿Oyes ese canto?

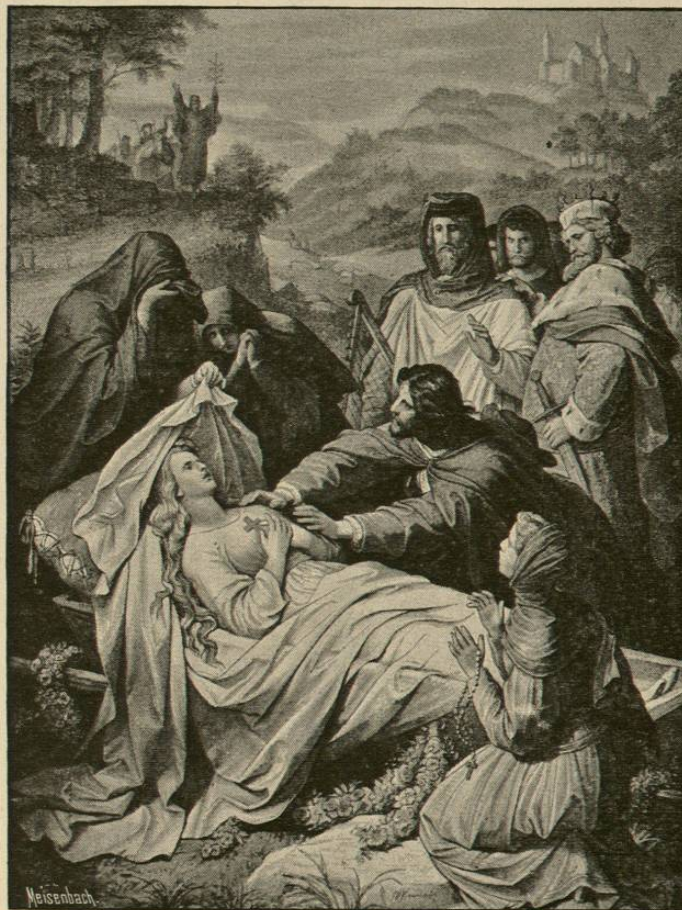
TANNHAUSER.—¡ Sí!  
(*En este momento el cortejo se adelanta al fondo del valle; los ancianos peregrinos preceden el féretro donde yace el cadáver de Isabel llevado por cuatro nobles caballeros en traje de caza; á sus lados van el landgrave y los cantores, siguiendo, después, los condes y los señores*).

CANTO DE HOMBRES.—Feliz la virgen pura que, reunida al celeste coro, goza de la presencia de Dios! Feliz el pecador por quien ella lloró, y por quien implora la gracia celeste!

(*A una señal de Wolfram depositan el féretro en el centro de la escena; Wolfram conduce junto al cadáver á Tannhauser que, al llegar, cae desplomado*).

TANNHAUSER.—Santa Isabel, ruega por mí. (*Muere*).

LOS JÓVENES PEREGRINOS (*con los cayados floridos y cubiertos de hojas, costeano la montaña*).—¡ Salve oh maravillas de la gracia, salve! La redención es ya patrimonio del mundo! En la santa hora de la noche, el Señor se ha revelado por un milagro; el cayado seco,



en manos del pastor, se ha ornado de frescas flores. Así, entre las llamas del pecado, debe reverdecer para el pecador la redención. Proclamadlo en todas las regiones para avisar á aquel á quien este milagro anuncia la gracia. Dios es superior á todo lo creado, y su misericordia, infinita. ¡Aleluya! aleluya! aleluya!

Todos (*profundamente conmovidos*).—El pecador ha recibido el dón de gracia y goza actualmente de la paz del cielo!

FIN DE TANNHAUSER